



PLAZA DE ABASTOS DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

Tiempos que fueron

ANA MARÍA PANTOJA

Habían decidido regresar donde se conocieron años atrás. Las cosas para ellos habían cambiado mucho. Actualmente su situación económica era muy saneada, se podían permitir todo tipo de bienestares y caprichos, cosa que antes no podían hacer.

Iban a volver al lugar en el que habían pasado los años más felices de su vida, en la plenitud de su juventud, donde habían consolidado su amor y unido sus existencias.

Santiago de Compostela seguía siendo una ciudad preciosa. Conservaba todo el encanto de sus antiguos edificios, su magnífica catedral y su peculiar cosmopolitismo. Todo el conjunto formaba un enorme y extenso lienzo lleno de matices con una puerta abierta a otros tiempos, cuna de muchas civilizaciones.

Se alojaron en el Parador “Hostal de los Reyes Católicos”, el hotel más noble y emblemático de la ciudad. Hospital Real, fundado por los Reyes Católicos en 1492, fue refugio y sueño de peregrinos. Una obra plateresca en donde se amalgaman entre sus regias piedras la historia, el arte y la tradición. Está situado en la plaza del Obradoiro, junto a la Catedral. Aunque es considerado el hotel más antiguo del mundo, es también uno de los más lujosos y bellos, pues sus inigualables claustros tienen un valor arquitectónico incalculable. Y, además, su interior cálido y acogedor está lleno de actividad y de comodidades.

Llegaron muy temprano. Habían pasado la noche en el tren, en un lujoso y exclusivo compartimiento privado. La cena en el coche restaurante fue muy agradable. Ya no querían privarse de ningún capricho, querían estar juntos y relajados, disfrutando de cada minuto, no les preocupaba nada más.

En el parador les recibieron con gran amabilidad y diligencia. Dejaron el equipaje en recepción porque



aún no estaba lista su habitación. Luego, pasaron al recién abierto comedor del piso superior y tomaron un abundante y exquisito desayuno.

Más tarde, mucho más reconfortados y despiertos, acordaron dar su primer paseo por la preciosa ciudad, tan suya, tan universal y tan fascinadora. La urbe también estaba empezando a despertar y a desperezarse para ponerse en marcha.

Entraron un momento en la Catedral, allí descansan los restos del apóstol Santiago. El Santo Sepulcro está en la cripta situada bajo el altar mayor y es considerado un lugar sagrado desde el siglo IX. Parecía de rigor visitar al santo en primer lugar, sobre todo en la intimidad de la mañana recién estrenada, cuando aún no se han formado las rutinarias y largas colas de personas que esperan pacientemente para ver y abrazar la figura del apóstol. Llegar hasta él constituye el final del Camino de Santiago, meta que establecieron los monjes de Cluny y que se convirtió en uno de los focos culturales europeos más importantes de la Edad Media. Su Pórtico de la Gloria es considerado una obra maestra del arte románico universal.

En la hermosa catedral todo parecía seguir como siempre. Si las piedras pudieran hablar, nos podrían contar mucha historia ignorada... Se quedaron sentados unos minutos frente al altar mayor, los dos callados, a solas con sus pensamientos.

Marcos rozó el brazo de Elena y le hizo un ademán invitándola a salir. Una vez fuera, siguieron por el contorno de la Catedral a través del estrecho callejón de la Travesía de la Quintana que accede a la fachada de la Inmaculada o Azabachería, en la calle del mismo nombre. Allí se ubica el célebre gremio de joyeros que trabajaban y siguen trabajando el azabache. Estuvieron mirando los escaparates donde se exponían las originales alhajas y en uno de ellos, Elena pudo distinguir una pulsera idéntica a la que Marcos le regaló al poco de conocerse, aquella que hace años perdió en no se

sabe dónde. Una bonita pulsera de oro cuyos eslabones alternaban con pequeños corazones de azabache. Era increíble, pero parecía la misma, la habían vuelto a recobrar después de tanto tiempo. Los dos entraron en la orfebrería y Marcos le volvió a regalar la pulsera a su mujer. Elena se la puso en el mismo establecimiento. Con este gesto quizás intentaban recuperar una pequeña parte de su añorado pasado.

Siguieron su agradable paseo y, de pronto, se toparon con un inmueble que les era muy familiar... Mira, la pensión "Villalba". ¡Cuánta vida hemos pasado juntos bajo sus techos! ¿Seguirá estando aquí Carmiña?... Entremos a ver.

La pensión estaba muy renovada. Aunque seguía conservando su fachada original, se había convertido ahora en un confortable hostel lleno de detalles y de encanto, con dos enormes macetones a su entrada. En la pequeña recepción se encontraba

una joven y encantadora muchacha. Ambos le preguntaron por Carmiña. Ella les dijo que Carmiña era su madre y que no estaba porque había salido a hacer la compra. Carmiña solía ocuparse personalmente de ello, yendo muy temprano al mercado municipal a abastecerse de todo lo necesario para preparar el almuerzo y la cena de sus afortunados clientes, ya que su cocina, aunque sencilla, era excelente. En eso tu madre no ha cambiado –comentó la pareja a la simpática joven–. La mujer seguía manteniendo esa buena costumbre de ir a comprar a los puestos recién abiertos que ofrecen a esa hora sus mejores productos. Así, se evitaba también el agobio de la hora punta tan saturada de público. Se presentaron a la chica diciéndole que eran viejos amigos de la familia y que siendo estudiantes vivieron una larga temporada en su hostel, antes pensión, de la que guardaban un grato recuerdo. Luego, le preguntaron por su otro amigo, Xuxo, propietario del mejor puesto de frutas y verduras del animado y concurrido mercado municipal de la ciudad compostelana.



Se despidieron cariñosamente de la chiquilla y le prometieron volver otro día a ver a su madre y a saborear su deliciosa comida. Después, se encaminaron hacia el mercado de abastos para encontrarse con Xuxo, su querido Xuxo, al que tanto habían extrañado en los últimos tiempos.

Xuxo tenía el puesto desde siempre que ellos recordaran y había sido antes de su familia. La tienda formaba parte de la plaza de Abastos, tan llena de tonalidades y de historia, y estaba situada detrás de la Catedral. Él vendía frutas y verduras, las mejores de la comarca. El frescor, el color de las verduras, de las frutas y hortalizas, y el agradable olor a mar del pescado fresco y del marisco lo impregnaban todo. Hablar de pescados y mariscos en Galicia es como hablar del paraíso. Existe una gran variedad de pescados como la merluza, el rodaballo, la lubina, el mero y el lenguado. Al igual que excelentes moluscos y percebes que concentran la quintaesencia de todos los sabores del mar. Otro grupo de mariscos hace de plato fuerte: la centolla, la langosta, el bogavante, los langostinos, las vieiras, las almejas en sus mil variedades y el nutritivo y accesible mejillón. Y, por cierto, la vieira, molusco muy común en las costas gallegas, tiene una concha que se conoce con el nombre de venera que es insignia de los peregrinos de Santiago. Tanto su concha como el animal entero reciben el nombre de concha de peregrino.

Todos los excepcionales productos anteriores, junto con las sabrosas carnes y demás suculentos comestibles que se recogen y elaboran en esta fructífera y generosa comunidad autónoma, hacen que el mercado de abastos se convierta cada día en un maravilloso espectáculo.

Allí estaba Xuxo, el amigo de toda la vida, pregonando como siempre la bondad de sus inigualables productos. No parecía haber envejecido mucho. Aunque con un poco menos de pelo, seguía conservando su atrayente y campechana gallardía.

Se acercaron los dos y Elena le preguntó: Oiga, ¿son buenas estas manzanas?

Las mejores, señora... Y se quedó pasmado mirándolos. Pero, ¡hombre, carallo!, ¿qué hacéis aquí? ¿De verdad sois vosotros? Pero bueno, ¡qué alegría! ¡No sé ni cuánto tiempo hace que no os veía! Los tres se abrazaron. En un instante desfilaron ante ellos multitud de escenas entrañables e inolvidables recuerdos.

Xuxo había sido como un hermano para la pareja. Y, ¿de cuántos aprietos económicos no les habría sacado? Él les buscó la pensión y les dio trabajo cuando lo necesitaron para ayudarles en sus apuros financieros, cuando eran dos modestos estudiantes. Y, ¿cuántos bocadillos no se habrían despachado a su costa? Xuxo era una buena persona, así de simple.

Le invitaron a comer y Xuxo aceptó complacido. No pretendían pagarle con este gesto ninguna deuda pendiente, eso era impagable, sólo que los tres estaban deseando reunirse para comer y charlar pausadamente. Había cantidad de cosas que contar. Tenían que ponerse al día de todo lo que habían hecho y les había sucedido en estos últimos años.

Volvieron al parador a instalarse en la habitación y deshacer el equipaje. Ella quería tomar un buen baño antes de salir a almorzar. Irían a la rúa do Franco, la calle con más encanto, más ambiente y mejor hostelería de Santiago, además, para todos los gustos y bolsillos.

Habían quedado con Xuxo en un tradicional y prestigioso restaurante. Apareció solo como de costumbre. Aunque a su amigo le gustaban a rabiarse las mujeres y resultaba para ellas bastante atractivo, con el paso del tiempo se había convertido en un irremediable solterón. Quizás tuviera bastante que ver en ello su madre, doña Maximina, que siempre le había mimado mucho y seguía haciéndolo. Ahora, aunque ya más viejita, el poder cuidar de su rapaz la mantenía en forma.





¡Qué bien comieron! Para la buena gastronomía, Galicia es única. Inmejorable marisco, sabrosos pimientos de Padrón, exquisita empanada y una magnífica ternera gallega. Todo ello acompañado de ese cordial e inconfundible vino de Ribeiro que despierta aún más si cabe los sentidos y el apetito ante tan exquisitos alimentos. Y, después, para rematar la faena, un pedacito de tarta de Santiago, un imprescindible café y una estimulante copita de orujo del terruño.

Durante todo el almuerzo no pararon de hablar, Xuxo sobre todo. No podía contener su entusiasmo pues estaba muy contento de haberlos vuelto a ver. ¡Qué multitud de cosas era capaz de recordar! Anécdotas divertidas y casi olvidadas que a los tres les hicieron rejuvenecer. Reían y conversaban sin

ningún orden, atropellándose, todo era un reto para sus memorias. ¡Cuántos recuerdos recónditos y nostálgicos salieron a relucir! Se marcharon los últimos del restaurante, ya no quedaban clientes en el local. Elena acusó el cansancio, habían sido muchas emociones seguidas. Acordaron despedirse hasta la mañana siguiente, iban a estar unos cuantos días, no había prisa por apurar el placer y la emoción del encuentro. Se volverían a ver muy pronto.

La fatiga de Elena y el sopor del abundante almuerzo, les llevó otra vez al hotel a reposar un rato.

¡Qué bien lo habían pasado los tres juntos!, como si no hubiera pasado el tiempo en absoluto. Y, además, Elena y Marcos hacía mucho que no se habían sentido tan relajados y tan cerca el uno del otro. Sus vidas, aunque habían transcurrido juntas, les habían distanciado bastante. Cada uno de ellos había triunfado en su profesión y sus brillantes carreras les habían situado en una posición económica y profesional envidiable, aunque también, de alguna manera, les había separado.

Y en este momento más que nunca necesitaban recuperar esa cercanía, esa confianza y esa complicidad que les faltaba. Charlar, mirarse y compartirse era algo que habían perdido con el paso del tiempo y les era ahora fundamental. Ya sus hijos habían crecido y se habían independizado, ya tenían sus propias vidas y sus propios sueños. Ellos sólo se poseían a sí mismos y necesitaban recuperar tanto y tan importante en tan pocos días.

El encuentro con el lugar les había dado la oportunidad de conseguirlo. Querían regresar de su último viaje con la maleta repleta de experiencias y





sobre todo de ilusión disipada entre las calles eternas de Santiago de Compostela.

Elena durmió bastante rato, Marcos no pegó ojo. Estaba constantemente pendiente de ella, pues no quería que nada ni nadie pudiera empañar este definitivo e ineludible trayecto.

Marcos era un buen médico, tenía prestigio y verdadera vocación. Amaba su profesión pero, al día de hoy, se rebelaba impotente y renegaba de todo. En su larga carrera había salvado muchas vidas y ahora se sentía incompetente e inútil. Había agotado ya todas las posibilidades reales para intentar salvar a Elena de la grave dolencia que padecía y de la cual él creía que ella ignoraba su verdadera gravedad. El mal no se le había manifestado en mucho tiempo, por eso ya era tarde para ayudarla. Una leucemia incurable la deshacía por dentro; sin dolor y sin síntomas, vilmente la consumía. Ella no parecía sufrir pero se encontraba en el tramo final, nada se podía hacer ya. Tan sólo quedaba rezar y hacerla

dichosa para que esa felicidad la mantuviera lo que Dios quisiera.

Marcos la miraba desesperado: ¡Ojalá hubiera podido transmitirle toda la energía del universo para luchar contra lo irremediable! Elena ya no era joven, pero seguía manteniendo su esplendor aun en la decadencia. Ella sabía perfectamente que estaba enferma, muy enferma. Había visitado demasiados especialistas con Marcos y estaba en el mundo como una magnífica profesional del periodismo que era. Pero Elena prefería fingir por el inmenso amor que sentía por Marcos. No quería verle angustiado, pensaba que así sería todo más sencillo.

Identificándose con la ciudad y con sus gentes, recorriendo sus hermosas rúas y rememorando sus días de Universidad con sus compañeros de juveniles correrías... Acompañados por una buena olla de pulpo a feira, una rebotante taza de vino y viendo pasar a la tuna interpretando una de sus más típicas canciones que nos hablan de estos lares: "Triste y sola, sola se queda Fonseca. Triste y llorosa queda la Universidadaaaaad"... Así iban pasando los días para nuestra pareja.

Era jueves y estaban hambrientos. Habían salido muy temprano del hotel para recorrer los alrededores de Santiago. Entonces, llevados por su apetito, resolvieron regresar para comer en el hostel "Villalba", su vieja pensión.

Los jueves Carmiña solía preparar lacón con grelos para el almuerzo y esperaban que siguiera respetando esa magnífica tradición. Antes, Elena quería comprarle un regalo a su antigua patrona, una réplica en plata del Botafumeiro que había visto días atrás y que sabía que a Carmiña le iba a encantar. El célebre Botafumeiro es el mayor incensario del mundo y un símbolo de Compostela. En las grandes solemnidades litúrgicas perfuma el recinto catedralicio en un increíble vuelo dirigido por los expertos tiraboleiros. Su construcción fue necesaria en el siglo XVI. Era una especie de gran caldera de plata que se usaba para sahumar copiosamente a la gran afluencia de peregrinos que iban a visitar la tumba del apóstol Santiago.

¡Qué contenta se puso Carmiña al ver a la pareja! Les esperaba impaciente desde que su hija le contó que habían pasado por allí. Y, ¡cómo le gustó y agradeció el simbólico regalo de Elena!





Venga, sentaos aquí –les ordenó–. Os vais a enterar de lo que es comer bien. ¡Vosotros, los de Madrid, estáis muy esmirriaos! –les dijo cariñosamente–. Se encargó de servirles unos corpulentos mejillones, un sabrosísimo lacón con grelos, un suave queso de tetilla y, por último, exquisitas filloas, la especialidad de la casa. Todo ello mezclado con el cariño de la cocinera, el familiar ambiente y las constantes risotadas de la pareja al observar el contoneo de caderas que traía Carmiña al transportar los platos, maniobra que hacía la patrona al ritmo de las alegres muñeiras que sonaban de fondo en el improvisado escenario. Carmiña era un encanto. Una genuina y auténtica gallega, gordita, sonrosada y dotada de un gran sentido del humor. Después de la gran comilona les fue imposible tomar nada más durante todo el resto del día.

Había pasado ya una semana desde que llegaron. El octavo día había amanecido lloviendo, con esa lluvia tan indispensable en Galicia. Santiago de Compostela cuando llueve es una postal, una pintura al óleo. Los matices y los reflejos que produce el agua sobre las viejas piedras de los antiguos edificios le proporcionan a la ciudad un aspecto de identidad único.

Decidieron visitar la tumba de Rosalía de Castro. Luego, irían a comprar algún libro suyo de poemas para poder releerlo junto a una caliente y humeante taza de chocolate en el emblemático Café Literario, un precioso café desde cuyos ventanales se divisa la hermosa Plaza de la Quintana. A través de ellos, Elena y Marcos podían perfectamente contemplar la persistente y melancólica lluvia. Se diría que toda la urbe se había contagiado de la tristeza de los versos de su poetisa imprescindible e inolvidable y se había puesto a llorar.

...Tiempos que fueron llantos y risas,
negros tormentos, dulces mentiras,
¡ay! ¿en dónde su rastro dejaron,
en dónde, alma mía?





Al anochecer, llegaron al hotel entristecidos e invadidos por una extraña morriña, nostalgia de un futuro y de una ilusión que ya no podían esperar. Pero, era tan inmenso su amor y se había consolidado tanto en estos últimos días que habían pasado juntos que ninguno de los dos se atrevió a exteriorizar ese sentimiento de injusticia e impotencia que les invadía y que ambos compartían. Su entereza y su fuerza eran ahora muy grandes, eso les ayudaría a enfrentarse con la adversidad.

A la mañana siguiente se irían, eso al menos dijeron en el hotel. Marcos dejó un sobre en recepción con instrucciones de que se abriera cuando se hubieran marchado. Los empleados pensaron que sería una espléndida propina ya que la pareja había sido muy agradable y generosa durante toda su estancia.

Elena le pidió a Marcos que cenaran esa noche en el parador. No tenía ganas de salir, estaba agotada. Él aceptó.

Después de arreglarse un poco bajaron al lujoso restaurante. Aunque el establecimiento estaba muy concurrido, el entorno y la iluminación eran tan acogedores que lograban que en el recinto se respetasen al máximo la intimidad y la reserva de cada espacio.

El cansancio de Elena era patente aun después de haber tomado su medicación para sobrellevarlo mejor.

Un joven, elegantemente ataviado, interpretaba al piano las más románticas melodías mientras su público cenaba encantado.

Marcos se levantó respetuosamente y se dirigió hacia él. A la vez que le dejaba un poderoso billete sobre el piano, le rogó que tocara una inmortal canción de George Harrison, inolvidable Beatle también derrotado por el cáncer. Luego, con toda discreción, regresó a su mesa. La eterna melodía empezó a sonar... Se trataba de "Something", un célebre y universal tema que había sido imprescindible en sus vidas y en su historia. Lo habían escuchado y compartido siempre, también ahora, como terminal sinfonía de despedida.

A cambio, Elena dedicó a Marcos la más seductora sonrisa de agradecimiento, sus ojos resplandecían preñados de amor. Un deseo apasionado e irreprimible de amarse surgió entre ambos.

Habían pedido un brandy que aún no habían servido. Marcos pidió que le subieran una botella de "Cardenal Mendoza", lo tomarían en la intimidad de la habitación. Los dos abandonaron impacientes el comedor.

Marcos hizo el amor a Elena con tanta ternura y delicadeza pero, a la vez, con tanta pasión que nadie hubiera creído que llevaran tantos años juntos. Ella le colmó de felicidad y de placer.

Él se dio cuenta de que había llegado el momento, acababa de ver claro que ya no podía esperar más. Nunca hubiera deseado un mejor final junto a Elena.

Aún sin comprender la mente y el corazón humano, se podría decir que él estaba a punto de consumir un acto de amor y de generosidad hacia ella que tenía las horas contadas. Pero no era así, era un acto de puro egoísmo, pues él no podía resignarse a perderla. Sin ella, su vida ya no tendría ningún sentido.

Le ofreció de nuevo la copa de coñac que estaban compartiendo y a la que previamente él había añadido una infalible sustancia. Era médico y se había asesorado bien, un pequeño sorbo bastaría. No sentirían ningún dolor, el fin sería dulce y fulminante.

—Toma cariño, la última copa. Descansaremos mejor.

Nadie mejor que ella sabía que era la última.





Elena bebió un sorbo y él apuró el resto del contenido hasta no quedar ni una sola gota. Los dos se echaron apaciblemente sobre la cama. Marcos envolvió a Elena entre sus brazos y juntos se sumergieron en un profundo sueño fundidos en un eterno abrazo.

Unos suaves golpes en la puerta despertaron a Marcos. Una mujer les llamaba para que bajasen a desayunar. Era Carmiña, sin duda, Marcos la reconoció enseguida. El joven se quedó atónito al mirar a su alrededor y distinguir entre la penumbra la habitación de la pensión en la que habían vivido juntos.

La mujer insistía. Al parecer Xuxo había llamado por teléfono. Dentro de media hora vendría a buscarlos, irían a comprar y cargarían la furgoneta con el mejor género para su puesto del mercado. La pareja había prometido acompañarle y ayudarle.

Marcos estupefacto y sobrecogido se levantó de un salto. Se dirigió a la ventana y, al abrirla, la intensa luz de una resplandeciente mañana lo inundó todo. Giró la cabeza y miró hacia la cama. Su compañera aún dormía plácidamente. Al notar la penetrante claridad la muchacha camufló su rostro entre las sábanas y su larga melena. Su espalda desnuda quedaba al descubierto y su estilizada mano se hundía sobre la almohada. Al fijarse en ella, el muchacho reconoció la pulsera de oro y corazones de azabache que rodeaba su fina muñeca. Temblando, Marcos retiró el pelo de la cara a la muchacha descubriendo a Elena, a su preciosa y joven Elena.

Su cuerpo y su mente se tambalearon por completo. No podía ni acertaba a comprender, estaba completamente perdido y confuso. Entonces, la tranquila, cálida y pausada respiración de la mujer le hicieron recobrar la calma.

Después de unos instantes ya poco le importaba lo que hubiera sucedido, ya no necesitaba ni quería ninguna explicación. Se dirigió a la muchacha y dándole un tierno beso en la mejilla con la mayor dulzura le dijo: "Despierta mi amor, no ves que Dios nos ha regalado una preciosa mañana".

ANA MARIA PANTOJA
FUNCIONARIA



PLAZA DE ABASTOS DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

La Plaza de Abastos de Santiago de Compostela quiere ser una catedral del mercado de toda Galicia. Próxima a la iglesia románica de San Fiz de Solivio, está asentada en el mismo lugar en el que vivía el ermitaño que descubrió la tumba del apóstol. El mercado actual fue construido en 1941, pero para hablar de su historia tenemos que hablar de su predecesor que fue terminado de construir en 1873, según el proyecto de Agustín Gómez Santamaría. Una vez terminado el antiguo edificio, en él se reunieron todos los distintos y dispersos mercados existentes en Compostela. En 1937 sería derrumbado para la edificación de la actual Plaza de Abastos, que se hizo según el proyecto de Joaquín Vaquero Palacios. En la actualidad, el mercado es gestionado

administrativamente por una cooperativa formada por 70 comerciantes de la misma plaza, que tiene una superficie total de 5.600 metros cuadrados. Hay que añadir que es el segundo lugar más visitado de Santiago, detrás de la Catedral, y que por su ubicación en el casco antiguo de la ciudad su edificio es declarado Patrimonio de la Humanidad. Recientemente, la Empresa Nacional MERCASA ha elaborado un plan de remodelación del mercado para modernizar sus instalaciones.

Existe una completa página web en donde se recoge interesante información documental y gráfica en relación al Mercado de Abastos de Santiago de Compostela: www.mercadodeabastosdesantiago.com.